

AÑO V
SEMANARIO
NACIONAL
INFANTIL

210/235

FLECHAS Y PELAYOS

N.º 177

DIRECCION Y
REDACCION:
MONTE ESQUIN-
ZA, 6 - MADRID
TELÉFONO 41046
APARTADO 213

26 ABRIL

30 cts. POR EL IMPERIO HACIA DIOS 1942

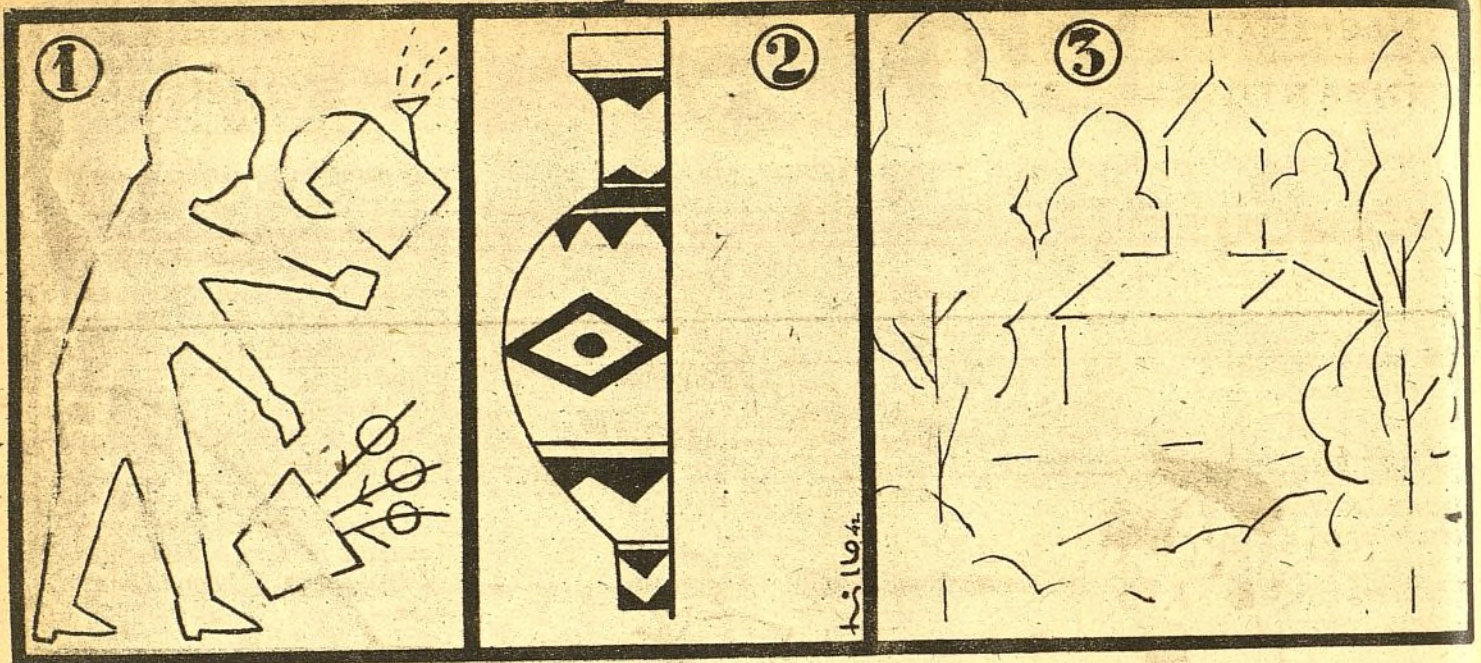
333



- Es raro, Cubillo; tienes las mismas aficiones que tu hermano.
—¡Pero si yo no tengo hermanos!
—Por eso digo que es raro.

Ayuntamiento de Madrid

Dibujo infantil



¡ATENCIÓN, NIÑOS! CONCURSO DE DIBUJO INFANTIL

Sabemos el interés que os despierta nuestra página de dibujo infantil. Ahora queremos comprobar el aprovechamiento que obtenéis de la misma. Para ello organizamos el siguiente concurso:

Realizareis tres trabajos correspondientes a los ejercicios números 1, 2 y 3. El primero consiste en dibujar lo más acabadamente posible la escena que representa un niño regando una maceta. (1) Os facilitamos la labor dándoos los sencillos contornos del niño, maceta y regadera. El segundo, en dibujar entero el jarrón (2) que sólo presentamos la mitad; y el tercero (3) en dibujar el paisaje con más detalles sobre las líneas ligeramente señaladas que os damos. Los trabajos podeis ejecutarlos a lápiz, a tinta o en colores: en trozos de papel separados o en conjunto, siendo indispensable que las figuras sean de mayor o menor tamaño que los modelos, nunca igual. Los remitiréis desde esta fecha hasta el día 26 de Abril a nuestra Redacción (Montesquín, 6) poniendo en el sobre: «Para el concurso de dibujos». En el respaldo del papel, escribís vuestro nombre y dirección y la edad. Entre los mejores trabajos recibidos se sortearán seis colecciones de cuadernos de dibujo graduado, en colores, por Trillo, que acaba de publicar la Editorial Aguado, de Barquillo, 4, Madrid. En nuestro número correspondiente al 31 de Mayo próximo publicaremos la lista de los trabajos premiados. Bien señaladas las condiciones del concurso, no sostendremos correspondencia acerca del mismo.

¿Qué quieres saber?



CARMEN ORTEGA y MERCEDES CATENA, (Antequera).—No sabeis cuánto agradeció Santi vuestra felicitación y el precioso soldadito recortable que le enviasteis. Aquí va un modelo de peinado, que no sé si será de vuestro gusto. Recuerdos a vuestras amigas Clotilde, Mari-Sole y Angustias y para vosotras dos un abrazo muy fuerte y besos de mi parte y en nombre del pequeñajo.

MARIA DEL CARMEN GARCIA RUIZ, (Tetuán).—Aquí va mi retrato de Primera Comunión, junto con un millón de besos.

MARIA JESÚS, (Santa Cruz de Tenerife).—Encantada de tenerte por amiguita. Si deseas correspondencia con alguna de mis numerosas amigas, debes enviarme tus señas. Recibe un cariñoso abrazo.



Para Lolita marin, con un millón de besos Mari-Pepa

un camión de besos.... por telegrafía sin hilos, que es tu modo especial de enviarlos.

JUANI y AMALIA ALCAIDE, (Madrid).—Aquí va para Amalia un modelo de peinado liso y cortito. En cuanto a Juli le recomiendo las rosquillas de naranja. Se pone en un cazo el zumo de dos naranjas, dos huevos batidos, cuatro cucha-



radas de azúcar, una copa de anís y doscientos gramos de harina. Se trabaja bien y se amasa sobre un mármol. Cuando la pasta está fina, se enrolla como si fuese un brazo de gitano en pequeño y se parte en trozos de dos centímetros de espesor, haciéndoles un agujero en medio, para que tengan forma de rosquillas. Se frien en aceite como buñuelos y se espolvorean con azúcar. Recuerdos a Paquito y para las dos muchos cariñosos abrazos.



A mi Victoria del Castillo, con muchísimos cariños Mari-Pepa

ROSIN ARTOLA y PAQUITIN VELILLA, (Vinaroz).—Aquí va el modelo de peinado, simpáticas amiguitas y un quintal de cariñosos besos y abrazos.



CONCHITA AIZPURU, (San Sebastián).—Sí que podías haberme dicho algo más, para acertar completamente: la largura de tu pelo; pero te mando un modelo, que creo te servirá. Ahora ya te conozco, aunque sólo sea por carta y sabes que tienes en mí una buena amiga, que piensa poder tener la satisfacción de verte este verano.

ELENA VALL, (Barcelona).—También al leer tu carta exclamé yo: ¡Qué simpática niña! y para demostrártelo, te mando el modelo de peinado «último grito» que deseas, sin raya al medio y sin lacitos. ¿Has pensado lo original que quedaría un peinado «sin cabeza»? Da muchos besos a Toni, recuerdos a todos los hermanos y para ti miles de abrazos cariñosos de mi parte.



Mari-Pepa

DOCTRINA **ESTILO**

TRABAJO Y DISCIPLINA

No basta con trabajar. Si el trabajo ha de ser fructífero, deberás trabajar con disciplina. Hay una sentencia antigua, que dice: «Guarda el orden y el orden te guardará».

El deber cumplido con orden tiene doble valor; en cambio, el trabajo mal encaminado, hecho desordenadamente, o aceptado según el capricho, equivale con frecuencia a perder tiempo. El trabajo constante, disciplinado, ordenado, es el que ejercita la voluntad y la fortalece, el que enriquece la vida y asegura el triunfo. ¡Cuántas energías se pierden porque se ejercitan a destiempo, porque no están bien dirigidas, porque se las



dispersa en forcejeos caprichosos! En las historias de los grandes hombres se suele decir que por la noche trazaban el plan de lo que debían hacer el día siguiente. Así lo afirmaron expresamente los biógrafos, hablando de Cisneros y de San Ignacio de Loyola. Haz tú otro tanto, y verás rápidamente el fruto de tus esfuerzos.

Ten un programa en tu vida y siguelo firmemente; un programa con sus horas para el estudio, para la lección, para el recreo, para la oración, para el sueño. Y cuando una voz tentadora venga a invitarte a hacer una más agradable, cierra tus oídos, y sigue únicamente la voz del deber.

CUENTOS de Calila y Dimna

LA GARZA, LA CULEBRA Y EL CANGREJO

Cuentan que una garza criaba sus polluelos cerca de una cueva en la cual habitaba una culebra. Y esta culebra siempre que la garza salía de paseo aprovechaba su ausencia para devorar las crías.

La pobre garza que nada podía hacer contra la voracidad del reptil se entristecía y lloraba desconsoladísima buscando consuelo en los pollitos que habían logrado salvarse.

Un día, al fin, contó su desventura a un cangrejo que enternecido escuchaba sus lamentos. Este, muy sabiamente, dijo:

«¿Quieres que te dé un consejo para librarte de la culebra?»

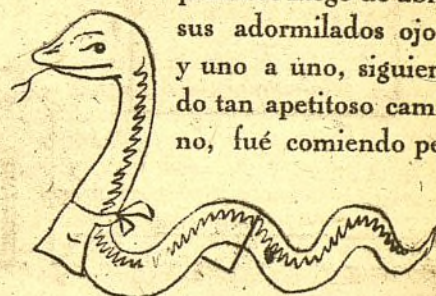
Alborozada la garza «mucho me alegraría», le contestó.

Y entonces el cangrejo enseñó a la garza la cueva en que dormitaba un lirón y le contó cómo este animalito profesaba una gran enemistad a

la culebra, circunstancia que hábilmente aprovechada podría librar a la garza de ver continuamente sacrificados a sus pequeñuelos.

En efecto, proyectaron pescar algunos peces e irlos dejando desde la cueva de la culebra hasta la guarida del lirón.

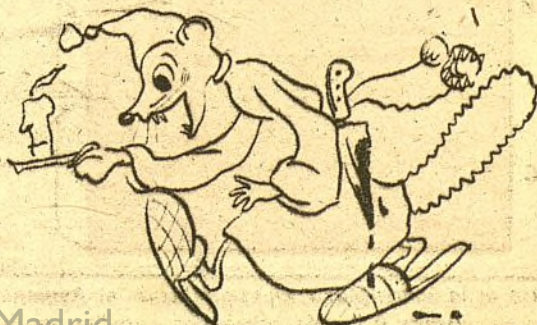
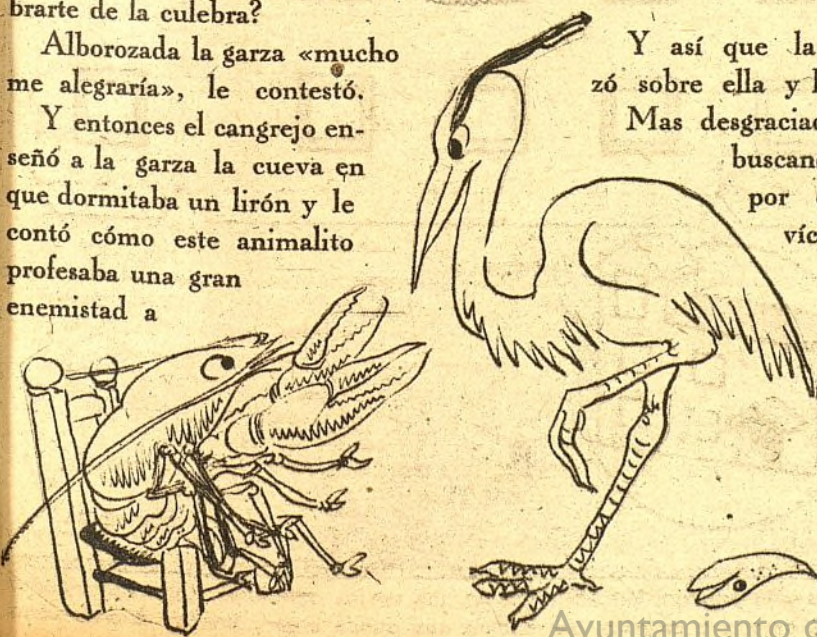
Hecho esto y así que el lirón olfateó los peces, desapareció luego de abrir sus adormilados ojos, y uno a uno, siguiendo tan apetitoso camino, fué comiendo pe-



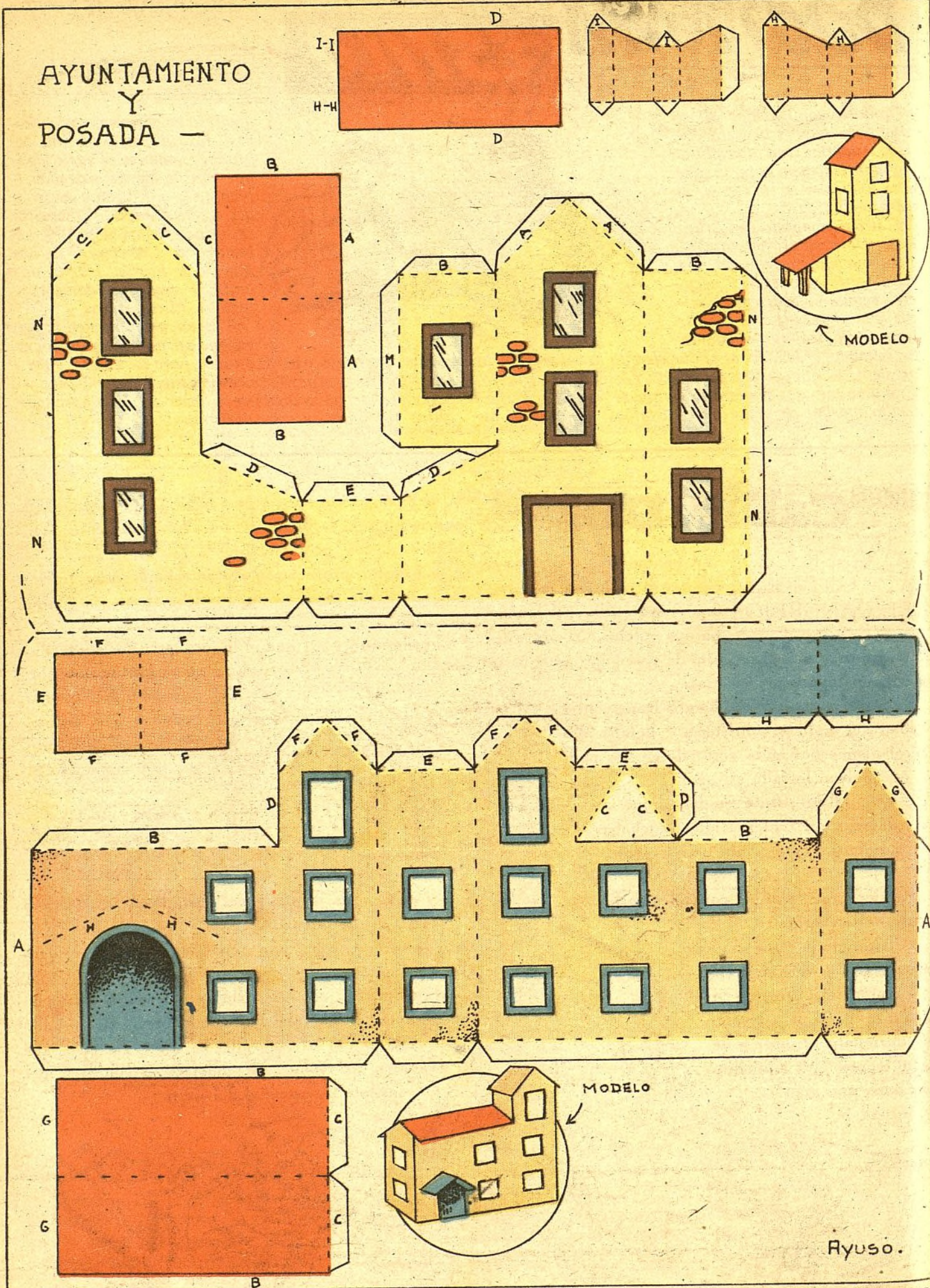
ces y más peces hasta llegar a la cueva de la culebra.

Y así que la vió, encolerizado repentinamente, se avalanzó sobre ella y la mató.

Mas desgraciadamente, no harto de peces, el lirón siguió buscando alimento por los alrededores, encontrando por esta causa el nido de la garza la cual fué víctima, así como sus indefensos polluelos, del instinto monstruoso del lirón.



AYUNTAMIENTO Y POSADA —



Ryuso.

Esta es la última plana, en la que están el Ayuntamiento y la posada. Haced lo mismo que en las anteriores y por último pegad todas las casitas y demás sobre una cartulina verde, anaranjada o amarilla, de manera que quede bien y bonito. ¡Buena suerte!

El príncipe insatisfecho

TEXTO ORIGINAL DE VALLE.

Ziriab atezó con su diestra el brazo amenazador que se levantaba sobre su cabeza, y doblándolo con fuerza hizo retorcer de dolor al mozo, que quedó de rodillas ante él en actitud suplicante. El otro hermano intentó acudir en auxilio del castigado, pero Siro se interpuso y haciéndole una zancadilla, lo derribó de bruces en tierra. Atráido por los gritos que habían lanzado sus hijos, apareció el anciano. Ziriab extrajo de su cinto una bolsa de cuero sólida-mente amarrada y alargándosela al viejo, habló:

—Tomad; aquí tendreis lo suficiente para vivir con holganza, y aún si así deseais, dejar



un porvenir a quien disponga sea vuestro heredero. En cuanto a este par de desagradecidos, que son vuestros hijos, dejádselos definitivamente. No merecen ni una sola mirada vuestra. Los dos hombres al ver que su padre guardaba la bolsa de cuero, picados por la avaricia, se acercaron al anciano, pidiéndole perdón por su pasada falta y prometiéndole, en adelante, cuidarle como se merecía.

—¿Qué hago, señor?
—preguntó el viejo a Ziriab.
—Perdonadles— contestó éste sonriendo.

Y aceptad cuantos cuidados os prodiguen. Es su obligación y nadie mejor que ellos, podrán heredarlos. Ah, pero antes de partir, debo advertiros a todos que las monedas de oro que están en esa bolsa, tienen la virtud de trocarse en piedras, si se adquieren a la fuerza. ¡No lo olvidéis!



Ziriab satisfecho del bien que acababa de hacer, abandonó el lugar seguido de Siro. Cuando quedaron solos, el anciano subió a su habitación y sin atreverse a abrir la bolsa, la escondió lo mejor que pudo. Al regresar, preguntáronle amablemente sus hijos:

—Padre; ¿hay mucho dinero en ella?
—¡Muchol!—respondió el anciano. De vuestro trato depende que llegue a ser vuestra.

Siro, que como siempre, no acertaba a entender las acciones de su señor, preguntóle, mientras seguían su camino.

—No entiendo por qué les habéis dado tanto dinero.
—Nada de eso, Siro—contestó Ziriab—la bolsa sólo contiene piedras.

(Continúa).

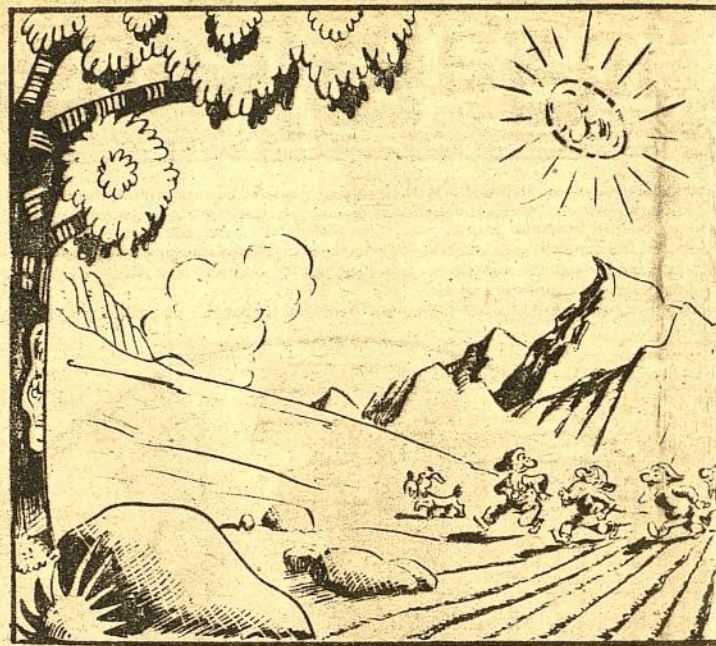
Los cinco enanitos

IV.—EL PALACIO MISTERIOSO.—Los pobres enanitos sudaban la gota gorda. Un sol espléndido achicharraba sus espaldas. Arrastrando los pies subían la empinada cuesta que conducía al solitario castillo.

—¡No puedo más!—gruñó Vinagrete. Entre todos queréis matarme. Mientras más andamos más lejos aparece el castillo.

—¡Manías tuyas!—atajó Pizarín, a quien la nueva aventura empezaba a gustarle.

—Si no quieres seguir, puedes quedarte—dijo Mostacilla picaresco. Tal vez cuando te encuentres solo y abandonado a las brujas, porque aquí deben de haber brujas, te entren ganas de andar. Al oír tales palabras Vinagrete, enderezóse y empezó a andar con más bríos.



Pasado mediodía, llegaron a la entrada del hermoso jardín que circundaba el castillo. Encaramados en la verja contemplaron con glotonería, las hermosas frutas que pendían de los árboles.

—¡Oh, qué melocotones!—admiró Pimentón.

—¡Seguramente están envenenados!—sentenció Vinagrete torciendo el gesto.

—¡Vamos por ellos! Así veremos si es verdad lo que dice Vinagrete—propuso Pizarín, saltando la verja.

Pimentón, Mostacilla y Cascabel siguiéronle inmediatamente, incluso Cacillo, dió una pequeña carterita y de un salto se encaramó en la verja, mas habiendo medido mal la distancia, quedóse colgado y tuvo que auxiliarle Cascabel.

Vinagrete, al percatarse del poco caso que le hacían sus hermanos saltó también, mirando desde aba-



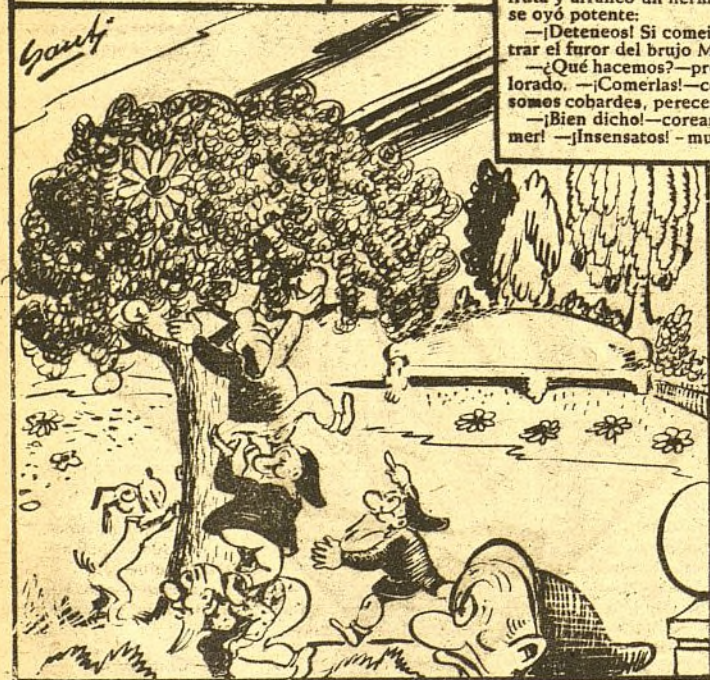
jo cómo trepaban gozosos por el árbol. —¿Tú no querrás ninguna, verdad?—preguntó Mostacilla a Vinagrete.

—¡No! No tengo tanta hambre como tú—contestó éste. Mas ¡oh prodigio! En cuanto Pizarín echó mano a la fruta y arrancó un hermoso melocotón, una voz de trueno se oyó potente:

—¡Deteneos! Si coméis de esta fruta tendréis que arrostrar el furor del brujo Malasangre.

—¿Qué hacemos?—preguntó Pimentón poniéndose colorado. —¡Comerías!—contestó valientemente Pizarín. Si somos cobardes, pereceremos de hambre.

—¡Bien dicho!—corearon Cascabel y Mostacilla. ¡A comer! —¡Insensatos!—murmuró Vinagrete. (Continuará).



Religión

LAS PRIMERAS PALABRAS DEL NIÑO JESÚS

Al verle sus padres quedaron maravillados. No de la sabiduría que brillaba en Él, pues ya había alumbrado con sus destellos las conversaciones familiares, sino de que un Niño tan silencioso, tan recatado se hubiera presentado de propia voluntad en aquella reunión de profesores para aleccionarles con aplomo y fluidez, con brillantez y modestia.

Españaron a que su Hijo recibiera los parabienes de los Doctores y del público que le habían escuchado con asombro en la sinagoga.

Otros padres de cualquier niño prodigioso se hubieran lanzado sobre él y, noblemente orgullosos de su talento, le besarían delante de todos para gozarse en las enhorabuena y felicitaciones que de rechazo les dieran.

Pero ellos eran también unos padres extraordinarios. La Santísima Virgen era Madre por milagro y San José era un justo, un santo excepcional y por eso los dos eran humildes y hufan de la propia alabanza y mucho más de que les honraran por glorias ajenas.

Se disolvió la asamblea y en marchando que se marchó el último curioso de saber quién era aquel Niño, se llegaron a Él.

La Madre—¡al fin madre!—con voz emocionada de gozo inquirió: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, hemos andado buscándote.»

Parece a primera vista un reproche. Nada más lejos del ánimo de María reprender a Aquel que era incapaz de cometer la más levisima falta. Es una averiguación. Como si dijera: Tus razones habrás tenido para apartarte de nosotros y permitir el dolor de nuestra separación, ¿puedo conocer cuáles son? A tus

caminos—ajustaré mis pasos. Si es posible, no nos hagas sufrir el dolor de tu ausencia, pero Tú sabes



mejor que nosotros lo que te conviene obrar. ¿Puedes decirnoslo?

La respuesta del Niño no es tampoco un descaro. —¡Sólo pensarlo es una blasfemia!—Honra a sus padres con el máximo respeto y en todo les complacía.

Las primeras palabras que de Jesús nos refiere la historia son el programa de toda su vida: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas de mi Padre?»

Como si le dijera: Madre mía, no debiste apenarte en mí busca. Sin duda no caiste en la cuenta de que yo estaba ocupándome en las cosas de mi Padre que es Dios. Y como las cosas de Dios se tratan en el Templo mejor que en ningún otro sitio, aquí estaba yo. Tanto es tu amor hacia mí que te cegó los caminos por donde yo andaba. Ya lo sabes, Madre mía, tú eres para mí la primera de todo lo creado, pero sobre lo creado está mi Padre celestial en cuyos intereses me ocupo en la tierra a la que vengo para enseñar su doctrina.

Dos casas tenía Jesús: la de sus padres en Nazaret y la de su Padre—con mayúscula porque es Dios—el Templo en Jerusalén. En ambas gozaba de amores divinos. En ambas cumplía su misión de enseñar y dar ejemplo. En la de Nazaret sus oyentes eran cariñosos, dóciles, serviciales, ávidos de escucharle. Era la comodidad y la dulzura.

En Jerusalén se había de topar con enemigos, rebeldes, molestos, despreciadores, quisquillosos. Era el sacrificio y la amargura.

Sin embargo, cuando lo exigió la gloria de Dios, dejó los amantísimos cuidados de la ternura y se entregó a la indiferencia y al odio de los que necesitaban de su palabra.

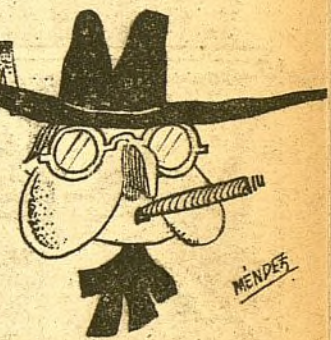
Vino a servir a los hombres y no a servirse de ellos.

V. Franco, C. M.



Del biberón a la fama

CASTÁN PALOMAR



Esta vez, adorados amiguitos, me lanzo a una peligrosa aventura, corriendo el riesgo de salir trasquilado al ir por la lana de un interesante «biberón». Pero todo sea por vosotros y por esta mi pícarra vocación. Es mi propósito someter a mi curioso interrogatorio a un veterano periodista, ducho en estas lides reporteriles, que maneja la honda de la pregunta con gracia y diestra aulicera. Este maestro de la interviú es don Fernando Castán Palomar, de sobra conocido por su laboriosa actividad en «Dígame», «Letras», «Misión», etc. Y heme ya en su despacho, en cuyo grato ambiente me acoge su figura próspera y cordial actitud. Y como don Fernando conoce bien los cánones sigue su mandato, y aún le supera, obsequiándome con café, copa, puro, lumbré y cerillas de repuesto. Más no se puede ofrecer. Y comienza el diálogo.

—De manera que usted viene a hacerme unas preguntitas para «Flechas y Pelayos» ¿no?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted anotar que nací en Zaragoza, un 14 de junio, creo que el del penúltimo o último año del siglo pasado? ¿Y que no lo sé con seguridad porque esa cuenta no la he sacado nunca, firmemente convencido de que a uno no le sirve para nada saber la edad que tiene, y además porque yo no sé sacar cuentas?

—Sí, señor, sí.

—¿Quiere anotar que a pesar de ello aprobé en el Instituto las asignaturas de las Ciencias Exactas, lo que acredita la bondad de los profesores?

—Sí, señor, sí.

—¿Sería usted tan amable que retuviera el que yo no he sido un niño travieso, sino un niño calladito, muy tímido y reconcentrado? ¿Y que mi primera travesura fué a los trece años y consistió en escribir un juguete cómico?

—Con mucho gusto, don Fernando.

—Y ahora, ¿quiere taquigrafar que mis aficiones infantiles fueron el teatro y los periódicos, y que me daba por lo jocoso y satírico, por lo que mis primeros trabajos (crónicas y versos para un semanario de Zaragoza), me pusieron en posesión de una «vena cómica» bárbara, de la que se habló mucho como de una terrible complicación de mi organismo?

—Encantado, sí, señor.

—¿Tendría usted el fin inconveniente en retener la causa de que yo escribiera durante muchos años cientos de versos, y que no es otra sino que un diario de Murcia dió en reproducirlos, cosa que se me subió a la cabeza? ¿Y que el sarampión de mis versos fueron los versos de mi sarampión, ya que pasaba mi infancia y en pleno dominio de mi razón dejé de hacerlos?

—Ninguno, don Fernando, ninguno.

—¿Está usted dispuesto a fijar en su memoria, o en las blancas cuartillas, el que yo fui un chico tímido, que no me atrevía a preguntar a un transeúnte la hora que marcaba su reloj, y luego me solté el pelo y llevo veinte años preguntando a la gente las cosas más absurdas?

—Dispuesto estoy a ello, amigo mío.

—Amigo mío digo yo también. ¿Llega su paciencia hasta el extremo de anotar que siendo muy chiquito me llevaron a ver la inauguración de un monumento y que al ver al alcalde con su barba, su levita y la banda que usaba en los actos oficiales, le dije a mi padre en un alarde de perspicacia: mira, papá; a ese señor también le han dado premio a la aplicación, sólo que no lo dice, pues era que a mí el día anterior en el colegio me habían colocado una banda encarnada con letras doradas, que decían: «Premio a la aplicación?».

—Llega mi paciencia, don Fernando, llega.

—¿Hay algo que se oponga al hecho de ser retenido por usted, amigo Duendecillo, el que yo los periódicos infantiles he empezado a leerlos hace poco tiempo, siendo «Flechas y Pelayos» el único que leo, exclusivamente por esto de «Del biberón a la fama», sin que ello sea adulación, sino necesidad profesional ya que siempre encuentro en estos «biberones» datos que pueden serme útiles para mis trabajos?

—Nada hay que se oponga si no es, tímidamente, mi modestia.

—¿Se resiste su pluma a tomar en cuenta que no me gustaría volver a ser chico, porque tengo ya cuatro hijos muy crecidos y al me veían vestido de pantalón corto, con el trajecito marinero que llevaba los domingos, iban a perderme el respeto?

—Mi pluma deslízase suavemente sobre la albuza de la cuartilla.

—¿Qué tal sería acogida por su bloc la afirmación de que de no haber sido periodista me gustaría ser durante un mes una cosa distinta cada día, para conocer cómo son las demás actividades y tornar luego al periodismo, muy seguro de que es lo único divertido, por lo variado de cada jornada?

—Una acogida enteramente hospitalaria por parte de mi fiel bloc, es la contestación a su pregunta.

—¿Me dijo usted, hace unos minutos, querido Duendecillo, que venía a hacerme unas preguntitas?

—Eso dije, querido Castán, eso dije...

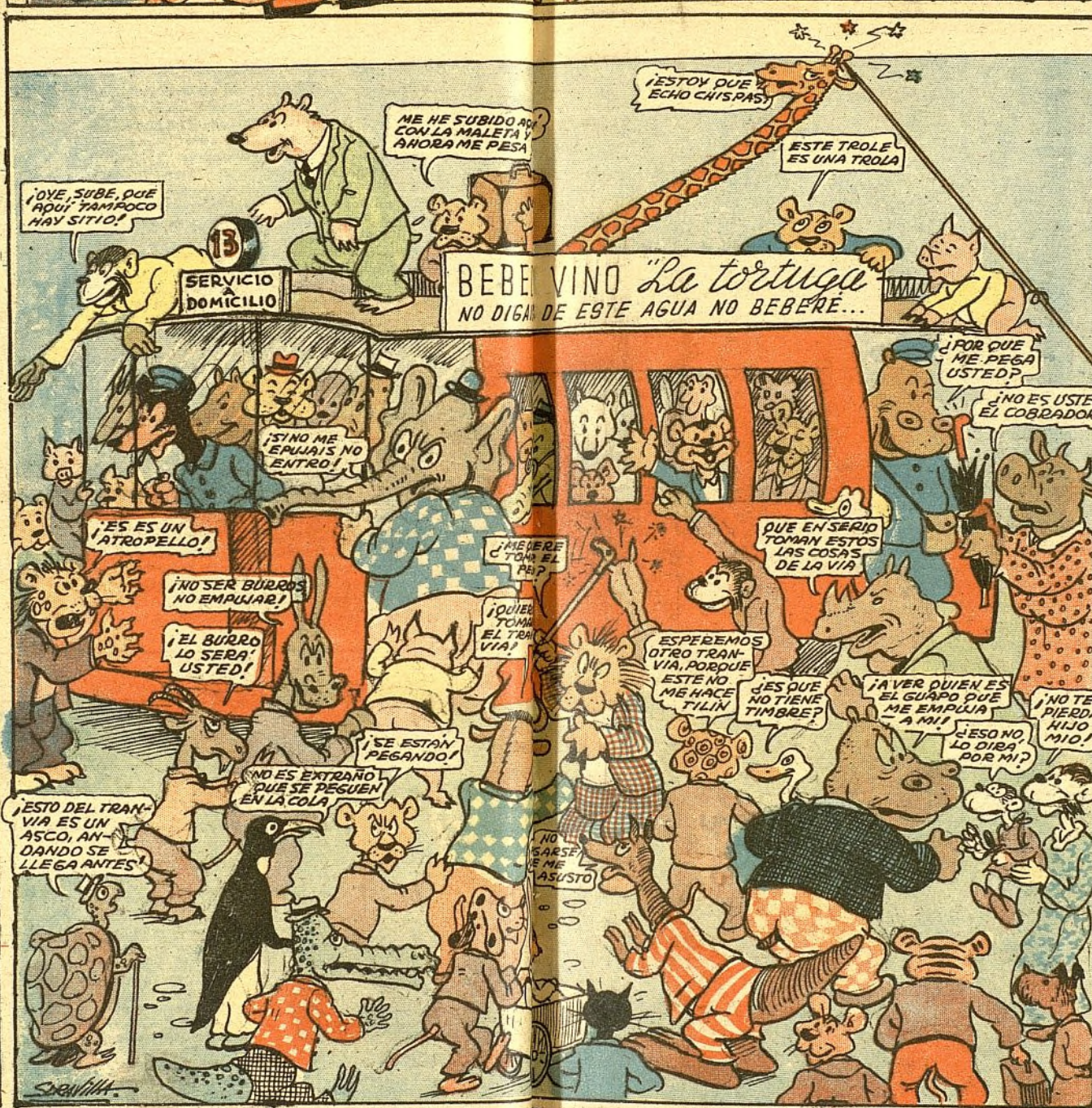
Y he aquí convertidos en realidad mis temores de novicio. Trasquilóme la veteranía del maestro, del que me despidió muy agradecido, por haber contribuido con su pericia e ingenio a romper los moldes de la clásica entrevista en este original diálogo de su delicioso «biberón».

Duendecillo

¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!... AQUÍ, CATAPÚN CHINCHÓN



ESCENAS de BESTIA POLIS



EL GANGSTER PAT O'SHO



SAN JORGE EN CATALUÑA

Refundición de S. ROSADO



Mas no obstante, prometiéndoles convocar a todos los sabios de sus dominios para admitir y poner en práctica los consejos que le suministrasen. Las gentes, después que escucharon a su rey se sintieron satisfechas, por lo mucho que lo amaban; aunque faltas de creencia en la eficacia de tales medidas, sin fe en el dictamen que los sabios diesen para la extinción de aquella fiera terrible.

Al día siguiente, ya al anochecer y entre tararíes de trompetas y redobles de atambores, en todas las plazas de la capital del reino se daba lectura a un edicto; el rey, influenciado del opinar de los sabios, daba normas para mitigar la ferocidad de la gigantesca fiera, reglas que consistían en engañar su voracidad entregándose a ella diariamente, a por del sol, una persona, como entretenimiento de su hambre, y dejar que los días pasasen si el tiempo traía la ocurrencia destructiva del dragón satánico. Todos los habitantes del reino, el sacrificio; nadie podría negarse a dar su vida por los otros cuando le tocaba el turno; ninguno dudaba en evitar de la fiera alguna hazaña de superior tragedia; la familia real entraría en el sorteo... Y aurora tras aurora, cuando la luz rosicleriana era como una flor enorme delvída y sosiego, comenzaron a salir, un hombre, pobre o rico, o alguna mujer, fea o hermosa, por las puertas de aquella ciudad para jamás volver. Cuando menos se esperaba, todo el palacio real tristeza era: aquel trágico turno hubo llegado a la princesa, que, valientemente desestimaba las gallardas ofertas de los caballeros que a palacio acudían para hacer constar su ofrecimiento de darse al dragón en lugar de aquella joven de belleza y bondad maravillosas. Negóse la doncella, negóse el padre, a pesar de su afligido llanto; de los dos ninguno permitía que nadie a la muerte se diese sin caberle en triste suerte. Y cuando vino la aurora del infausto día, otra vez las trompetas y atambores se escucharon. La princesa, dirigiéndose a las puertas de la ciudad, se arrodilló ante ellas, rezó fervorosamente, despidiéndose después de todos los que la acompañaban y salió para verse en el infierno de la boca de la fiera causante de tantas lágrimas.

Por un campo donde parecía haber pasado la guerra más aniquiladora andaba solitaria la princesa, en busca de la bestia temerosa y sin dar con ella. Dirigiéndose a la Serranía...

(Continúa)



Caperucita azul



El ogro de la pluma verde

—Tratalá. Tratalá. Tratalá. El lobo, lobito no me comerá. Así iba cantando Caperucita azul. Ya sus pierrecitas se cansaban, porque eran frágiles y tiernas, como son las de las niñas; ya su corazoncito decía: «Que mi máquina secansa. Soy el corazoncito de una niña y me voy a romper en su corazón otra rosa de valor.

Estaban los angelitos preparando los faroles en el Cielo. Y estaba la luna tejiendo su manto de plata para lucirlo aquella noche. Caperucita vió de pronto surgir entre la hierba, una flor de extraordinaria hermosura, tan alta como el hombre más alto. En cada pétalo cantaba un lindo pajarillo y cada pajarillo llevaba en el pico una flor de cristal.

—Cuán linda es— barbotó Caperucita. Se la llevaré a la abuela, que también le gustarán las flores.

La arrancó sin esfuerzo alguno y no bien la hubo apretado entre sus manos,

—Ja, ja, ja,—dijo el gigantón reventando de risa. Pero si no te había visto. Pero si eres más pequeña que un piñón. Pero si eres más linda que una aurora. Y eres... ¡Caperucita azul! Y dime: ¿Quién te ha dicho que yo soy un ogro? —Pues yo solita lo he adivinado. Porque es usted igualito que lo pintan en los cuentos; los ojos de dragón.

—¡Hum! ¡Hum!....
—La nariz de lechuza....
—Caperucita, no me faltes.
—Los dientes de tigre....
—Caperucita azul, no me insultes.
—¿Y cómo sabe usted que soy Caperucita azul?

Josefina Bolinaga

cuando se escuchó un horrible estruendo como del más refido combate. Ruido de espuelas. Toque de clarines y trompetas. Cañonazos y galopar de caballos. Y entre terrible estrépito, surgió de la tierra un hombre horriblemente feo. Con largos y amarillos dientes. Ojos de dragón. Nariz como la trompa de un elefante. Manos y pies enormes.

Llevaba en la mano un gran tenedor y venia relamiéndose turburosos los bigotes de grasa. Iba vestido todo de azul menos el gorro que siendo de este color, ostentaba una vistosa pluma verde.

—¡Vive Dios y voto a Dios! —gritó. ¿Quién me ha hecho levantar de mi banqueta? ¿Quién me retiró el asador de la lumbre? ¿Quién hizo temblar mi cocina? ¿Dónde está? Quiero verle. Quiero chamuscarle a la parrilla y comérmelo. ¿Dónde está?

Caperucita azul contestó temblándole mucho la flor que aprisionaba: —Perdóneme, señor Ogro.... yo no sabía.... que usted vivía aquí. Perdóneme, señor Ogro.... cogí la flor y....

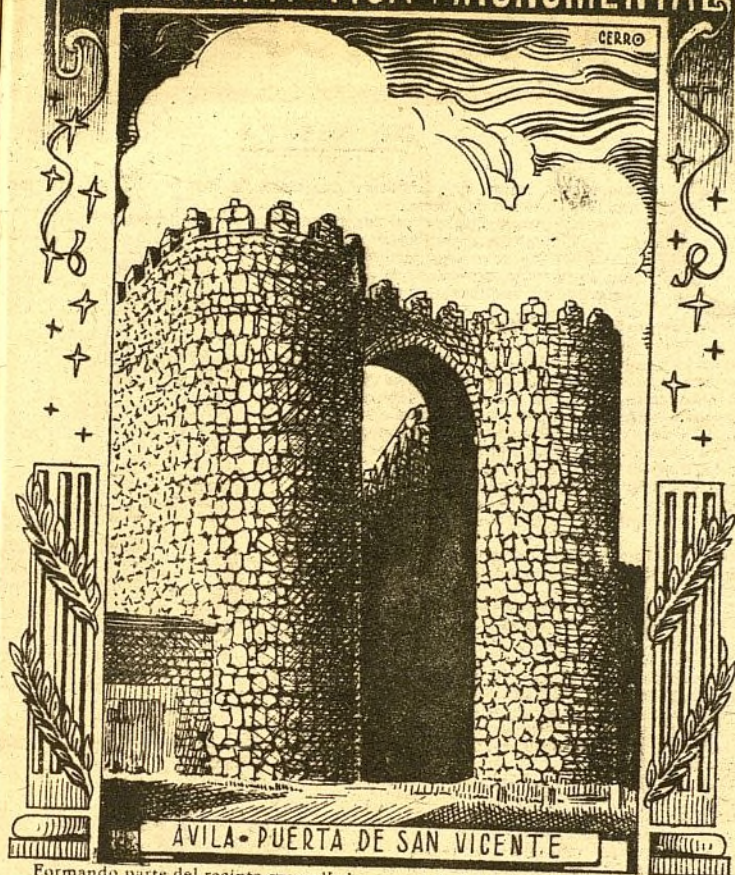


Mania
Caret

IDEA SALVADORA



ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL



AVILA - PUERTA DE SAN VICENTE

Formando parte del recinto amurallado, es uno de los monumentos que con más fuerza nos recuerda las páginas de gloria escritas por los españoles. Es obra de Raimundo de Borgoña y fué construida en el siglo XI por los reconquistadores cristianos para defender la ciudad de las fuerzas invasoras.

COMPETENCIA



Abril

¡Abrid!
Abril está llamando
¡Abrid!
¡Cómo se sube a los árboles
la primavera!
Va dejando hojitas verdes,
trepa que trepa.
¡Cómo deja de alegres,
los castaños que encuentra!
Capullos por donde pasa,
va dejando de buella.

Ni el aire es frío,
ni el sol te quema,
niños alegres,
gritando juegan.
¡Se sube también por ellos,
la primavera!
Entre lluvias y flores,
¡todo lo alegran!
A los boles y chiquillos,
a Mayo esperan.

Gloria fuertes

HUMOR



¡¡CUIDADITE!!



CUENTO DE MARI-PEPA



DE VISITA

DERRUMBADO sobre una butaca y con cara de mal humor, mi hermanito José Antonio exclamó:
—¡A mí estas cosas me fastidian de un modo horrible!
—¿Te fastidia ir de visita?—le pregunté yo. Pues no te creas que a mí me hace mucha gracia tampoco. Si no fuera por estrenar el vestido nuevo y el sombrero de primavera....

—Ves, las chicas es diferente—
Interrumpió mi hermano—con tal de lucir vuestros trapitos, sois capaces de aguantar las mayores latas. ¿Pero me quieres decir a mí qué voy a hacer yo entre tantas señoras y señores serios? ¡Si siquiera tuviesen niños!.... Además, que los señores de Alamillo y Torres de la Alberca son unas personas de mucho ringorango y mucha etiqueta, según dice la tía Concha. ¿Tú no opinas, Mari-Pepa, que papá y mamá debían ir solos y dejarnos en casa?

—¡Qué quieres, José Antonio!—suspiré. Por lo visto quieren conocernos y no habrá más remedio que ir con ellos.

—¡Pensar que esta tarde había un partido de fútbol formidable y tengo que quedarme sin verlo!—se indignó mi hermano.

Pero convencido de que la cosa no tenía remedio, marchó a prepararse. Fräulein Gretchen me calzó y me vistió con el mayor cuidado. Arregló artísticamente mis cabellos y me puso el sombrero. Contemplándome en el espejo y viéndome tan elegante, olvidé por un momento el suplicio que supone una visita seria, para una niña de mis años. Mamá, tía Concha y la abuelita vinieron a verme y aseguraron unánimemente:

—Estás encantadora.
La opinión de mi hermano Santiaguín, fué menos halagüeña.

—Oye, Mari-Pepa; eso que llevas ahí encima, ¿es un sombrero o un balde?

Yo le miré compasivamente, diciendo:

—¡Pobre pequeño, qué atrasado estás de modas!

También a él le habían puesto muy guapo y con su cabeza rubia y rizada, parecía un ángel. José Antonio estuvo pronto preparado.

—A mí no me hagais hacer ridiculeces—dijo muy serio. Yo me he puesto el traje de todos los días y si a alguien no le gusta, que cierre los ojos.

—Este chico es un salvaje—aseguró mamá. Por lo menos haz el favor de darte loción en el pelo, para que estés bien peinado toda la tarde.

—¿De cuál, de la de papá?—preguntó mi hermano, satisfecho de que le trataran como a un chico mayor.

—Sí, de esa.

José Antonio corrió a ejecutar lo que le mandaban. Yo murmuré a su oído:

—¡Vaya, vaya! También los chicos sois presumidos ¿eh?

—Esto no es presunción, esto es aseo—replicó mi hermano con dignidad.

Estaba el taxi esperando a la puerta. Papá, mamá, José Antonio, Santi y yo nos acomodamos en él. Durante todo el trayecto, mi preocupación fué que no se me arrugara el vestido. José Antonio, entre tanto, procuraba informarse del plan que nos estaba reservado para aquella tarde.

—Oye, papá—preguntó—¿irán más niños a esa casa?

—Creo que no. Se trata únicamente de conocer a vosotros y como estos señores no tienen hijos....

—¿Entonces en qué nos entretendremos?

—Pues de mil maneras—aseguró papá. Se charlará un rato, tal vez haya un poco de música, pues la señora de Alamillo toca muy bien el piano y su hermana canta maravillosamente. Os preguntarán sobre vuestros estudios y aficiones....

—Espero que sabreis comportaros como Dios manda—Interrumpió mamá. Nada de estropear los muebles con los pies, ni de hablar sin que os lo manden u os dirijan la palabra las personas mayores. Y en la merienda....

—¡Ah! ¿Pero habrá merienda?—exclamó Santiaguín con cara de satisfacción. ¡Menos mal!

—¡Y espléndida!—comentó papá riendo. Es una de las casas donde mejor me han obsequiado siempre. La última vez que estuve, entre otras mil cosas buenas, probé un jamón que era una cosa seria.

Mamá siguió recomendándonos, como de costumbre:

—Nada de glotonería ¿eh?.... A ver si quedais como niños modelos.... Pero ya el coche se



detenía ante la puerta de los señores de Alamillo y Torres de la Alberca, poniendo término a la conversación. Una escalera magnífica; una doncella estrafalada; un recibimiento lujoso y un salón imponente.

—Se podría jugar un partido de fútbol—comentó José Antonio, aludiendo al tamaño de la pieza.

—Mucho mejor, quitando todos los trastos—dijo Santiaguín—serviría de pista para patinar.

—Y con el brillo que tiene el suelo te romperías la cabeza—aseguré yo recordando mi ensayo sobre ruedas. Pero ya los señores de la casa llegaban, imponiéndonos con su presencia un absoluto silencio. Cambiaron unas cuantas frases con papá y mamá, luego, con sonrisa benévola, posaron sus miradas en nosotros diciendo:

—¿Estos son los chicos? A ver, a ver....

—El mayor, José Antonio—presentó papá. Mi hermano, saludó ceremoniosamente.

—El benjamín, Santiago—prosiguió señalando al pequeñajo.

—Y la niña mimada de la casa, Mari-Pepa—terminó dirigiéndose a mí. Saludé con una de mis mejores sonrisas y por decir algo, pregunté a papá:

—Estos son los señores del jamón ¿verdad? Aseguran las personas serias que estuve inconveniente.

Mari-Pepa



NUESTRA HISTORIA.

por MARTIN ALONSO.

IX.—LA ODISEA DEL RIO EUFRATES.—Sólo podía evitar la catástrofe un hombre de prestigio ajeno a todas las facciones, de voluntad firme y mano vigorosa. Se llamaba Abderramán. Pero antes arriesgó su vida en la odisea del río Eufrates en compañía de su hermano menor.

Eran nietos del califa Hixem y se habían librado de la engañosa amnistía organizada traidoramente para exterminar a golpes de maza la familia de los omeyas.

Un día Abderramán enfermo de la vista estaba acostado en una habi-

veniente distancia de la aldea. Los jinetes abasidas cercaron la casa del príncipe, pero no encontraron más que unas mujeres y un niño.

Guiados por el liberto Badr llegaron los dos hermanos a orillas del Eufrates. Abderramán entregó dinero a un conocido y le pidió que le comprara provisiones y caballos. El hombre partió con Badr y le prometió cumplir sus deseos. Un esclavo que escuchó la conversación fué a toda prisa a delatar al capitán abasida el paradero de los fugitivos.

Apenas tuvieron tiempo de ocultarse en el jardín. Se oyó el galopar de los caballos abasidas. Un momento más y estaban perdidos. El único camino de salvación era el río Eufrates. Corrieron a la orilla.

—¡Volvéos!—gritaban los jinetes. No os haremos nada.

Abderramán entendió las promesas falaces de sus enemigos. Antes de lanzarse al agua se detuvo. Gritó a su hermanito para que le siguiera. Alcanzado por los jinetes se lanzó al río para atravesarlo a nado. El pequeño tuvo miedo y esperó su suerte en las promesas abasidas.

—El otro se nos escapa—decían los soldados.

Al traspasar el río volvió la cabeza Abderramán y contempló la escena trágica de su hermano menor decapitado sin piedad por sus rivales. Nació en su corazón un odio y deseo de venganza.



tación obscura. Su hijo Bolimán de cuatro años jugaba a la puerta de la casa. De repente entró temblando y se abrazó a su padre.

—¿Qué ocurre, pequeño? ¿A qué viene ese terror?

—El niño ocultaba su cabeza y seguía sollozando.

—¿Qué pasará?—se dijo el príncipe.

Abrió la puerta y vió a lo lejos los estandartes, negros de sus enemigos.

Abderramán cogió unas monedas de oro, se despidió de sus hermanas y acompañado de su hermano menor, fué a ocultarse a con-

Juró por el cielo y la tierra guerra y muerte a los asesinos.

CUCU, CUCU, CANTABA LA RANA.



Cucu, cucu, cantaba la rana,
cucu, cucu, debajo del agua.

Cucu, cucu, pasó un caballero,
cucu, cucu, con capa y sombrero.

Cucu, cucu, pasó una señora,
cucu, cucu, vendiendo escarola.

Cucu, cucu, pasó un estudiante,
cucu, cucu, con traje de ante.

Cucu, cucu, cantaba la rana,
cucu, cucu, debajo del agua.



MESA REVUELTA



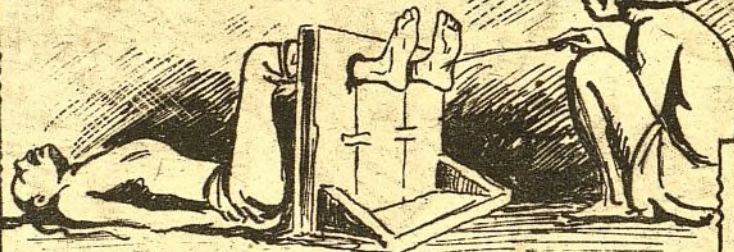
SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL LOGOGRIFO: Fotografía.
A LA TARJETA: Condomar.
AL JEROGLIFICO: Un faisán.
AL ROMBO: R. Res. Rej. Soy. J.
AL TRIANGULO: Giratorio. Ramóna. Tona. Río.
AL ROMPECABEZAS: La experiencia es la madre de la ciencia.
AL JUEGO DE PALABRAS: Carabela.
AL CRUCIGRAMA (horizontales): 1. Aragonesa. 2. Carabelas. 3. O. Soneja. 4. R. Nasal. 5. Re. A. 6. An. R. 7. Les. Es. I. 8. Ara. So. A. 9. Ronronear.
(Verticales): 1. Acorrallar. 2. Ra. Enero. 3. Ar. San. 4. Gas. R. 5. Obon. Eso. 6. Nena. Son. 7. Eles. E. 8. Saja. A. 9. Asalarar.

LOGOGRIFO

123456789—Máquina para cifrar.
50176705—El que ronda.
1234965—Expresar cantidad.
385678—Color.
32178—Globo terrestre.
9438—Pala para las lanchas.
345—Pueblo de Gerona.
178—Nota musical.
6—Vocal.

M.



El cosquileo en los pies hasta producir la muerte, era una forma muy inhumana de pena capital empleada antiguamente por los chinos.

JEROGLIFICO

+ K R I 50 nota

¿Qué llevas?

M.



Hasta hace unos ochenta años, los japoneses se vacunaban en la punta de la nariz.

ROMPECABEZAS

Ca, Bra, De, Sa, Na, Bue, Na,
Bue, Sa.

Combinad estas sílabas y leeréis un refrán popular.

M.



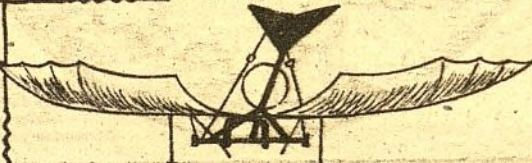
Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte un nombre de hombre.

CRUCIGRAMA

POR M. A.

HORIZONTALES: 1. Dos. Pelo blanco. 2. Dueño. Pueblo de Cataluña. 3. Al mismo nivel. Perturbada. 4. En las aves. Ciudad de Alemania, en Turingia (al revés). 5. Repetido nombre que se da al padre. Clase de tela. 6. Terminación verbal. Sonido que produce una campanilla. 7. Forma de expresar el latido de corazón. Tiempo del verbo atar. 8. Ave. Clase de poesía (en plural). 9. Baile cubano. Medida de tiempo.

VERTICALES: 1. Donde se amparan los soldados. 2. Rey Godo de España. 3. Flor. Perro. 6. Agujerear. tela formando un encaje. Interjección. 7. Color que producen los golpes. 8. Hacer falta una cosa. 9. Natural de Aragón.



En 1490 Leonardo de Vinci construyó una máquina volante que era muy parecida a los primeros aviones de nuestro siglo.



Según un notable higienista, las almendras constituyen uno de los alimentos más convenientes para el cerebro, así como para los músculos; el que desee tener el cerebro sano y dispuesto para soportar cualquier trabajo excesivo, debe comer almendras casi a diario. Pero ojo, niños, no abusar, que al higienista se le ha olvidado decir que dañan al estómago.



Los diamantes pulverizados constituyen, según los mahometanos de la India, el más activo de los venenos. Los indios ricos suelen llevar consigo cierta cantidad de polvos de diamante, para emplearlos, si llega el caso de tener que suicidarse.

JUEGO DE PALABRAS

Por Casas

0000 Tallo de las plantas.
+
0000 Martillo.
El robo, tela clara.

SOMBRA
CHINESCA
El conejo.



SO
RA

ROMBO

0
000
00000
000
0

Colocad en cada cero una letra y leeréis horizontal y verticalmente: 1. Consonante. 2. Igualdad de altura. 3. Nombre de varón. 4. Astro. 5. Punto cardinal.

M.



En el Japón se sirven salsas fabricadas con pescados. Esta japonesa, por ejemplo está dispuesta a rallar un pescado. Dichos condimentos tienen buen sabor, pero tienen también un olor fuerte y desagradable.



TARJETA

ADELA VALCAS

Pueblo de Salamanca.

M.



COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES



GESTOS DE LA RAZA

La batalla de Trafalgar hacía unos momentos que acababa de decidirse por los ingleses, bajo un cielo plomizo y cargado de nubes. La imperial de Villeneuve no ha sido capaz de contrarrestar las admirables maniobras navales de Nelson. Inútilmente el valeroso Churruga, con una pierna destrozada, cuya hemorragia tiene que detener introduciendo el muñón en un tonel de harina, ha dirigido su barco con heroísmo admirable, hasta que sus ojos recién cegados por la muerte a causa de las horribles heridas, sólo habrán de mirar a Dios.

Los barcos españoles y franceses, desmantelados, humean sobre el mar, a la vez que son abordados por los vencedores. En el barco español «San Juan», uno de los que habían maniobrado con más valor y acierto en el combate, irrumpen los tripulantes de tres navíos ingleses, y queriendo atribuirse cada uno en agria disputa, la gloria de la rendición, preguntan a don Joaquín Núñez, que había asumido el mando del barco después de muero Churruga.

—¿A cuál de nuestros navíos se rinde el «San Juan»?
Y el padre del héroe del Callao, del Méndez Núñez, que habrá de preferir «honra sin barcos a barcos sin honra», haciéndose intérprete de la bizarria tradicional española, contestó inmediatamente:
—A los tres; a uno solo, el «San Juan» no se hubiese rendido nunca.

Ricardo Moreno.

LA IGNORANCIA

Había una vez un chico muy ignorante y su padre le dijo cierto día:
—Antoñín, véte a la estación, sacas el billete y te montas para ir a Barcelona a ver al tío Juan y le dices que si quiere comprar un coche, y en cuanto se lo digas te vienes.
Llegó el chico a la estación y miró y como no había nadie, se montó y se fué. Llegó el revisor y le dijo:

—El billete.
Contestándole con ignorancia:
—No traigo.
El revisor le echó al padre una multa de diez mil pesetas.

José Jiménez
11 años.

Valdepeñas.



Teodoro Soriano
8 años. —Mérida.



Merceditas Icíres
9 años. —Madrid.



José Armando Rosal
Cornellana.



Enrique Vidal
8 años. —Almudevar. Talavera de la Reina.



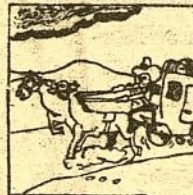
José López
8 años. —Almudevar. Talavera de la Reina.



Sebastián Durán
14 años. —Málaga.



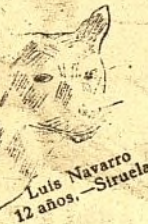
Isidoro González
13 años.



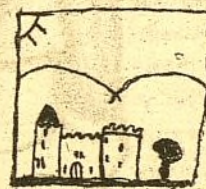
Fernando Candelario
Los Santos Maimona.



José Estevez
13 años. —Vich.



Luis Navarro
12 años. —Sirucla.



Yordi Marcos Oller
7 años.



Manuel Doval
12 años. —Cambre.

—¿Cuál es el colmo de un campeón de fuerza?
—Casarse con una aragonesa, porque le han dicho que vale más la maña que la fuerza.

Juan Francisco.

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un campeón de fuerza?
—Casarse con una aragonesa, porque le han dicho que vale más la maña que la fuerza.

Juan Francisco.

Jacinto Blanco
13 años. —Astorga.



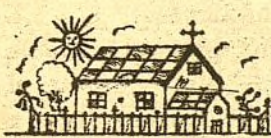
Ricardo González
12 años. —Madrid.



Jesús Martínez
Socuellanés.



Ruño Cavia
13 años. —Madrid.



Manolita Buendía
13 años. —Siles.



Paquita Vilalta
10 años. —Cangras.



Aurorita Sanz
10 años. —Madrid.



BUZON

Héctor García, (Arévalo).—Tres de tus poesías verás publicadas. Hemos recibido otra carta tuya con los mismos versos repetidos. ¿Por qué? ¿Qué querías?

Vicente Elípe, (Teruel).—Los dibujos que nos enviaste eran muy bonitos y muy graciosos. ¡Qué pena no poderlos publicar por venir hechos a lápiz! ¡Cuidado que sois distraídos! ¡Fijaos! ¡Leed! ¡Tinta china! ¡Tinta china!

Alejandro Santamaría, (Pontevedra).—Estimado camarada: Aunque tarde, contestamos a tu carta en la que nos ofrecías tu colaboración como dibujante. Y sintiéndolo mucho te decimos, que por tener un exceso de colaboradores espontáneos, no podemos admitir nuevos trabajos.

Carmen Chacón, (de once años a trece años, que les guste los cuentos. Su dirección: Carmen Chacón, Capitania, Burgos.

Vicente Ruiz Poveda, (Valdepeñas, Ciudad Real).—Los números que no tengas, nos los puedes pedir enviando a nuestra Administración el doble de su importe en sellos de correo. Para mandar dibujos, lee las bases de Colaboración y obedécelas.

Vicente Ruiz Poveda, (con domicilio en Sor Cándida, 14, Valdepeñas (Ciudad Real), desea correspondencia con niñas de once a trece años, que sean estudiantes y les guste el cine y leer cuentos. Adiós, simpático Vicente, que sea bueno y aplicado.

José Vidal, (Aguilant, Valencia).—No podemos publicar tu graciosa poesía en nuestra página de Colaboración, porque es menos infantil que una barba blanca. Comprenderás tú que eres chico listo, que esos versos no interesan más que a ti y a quien van dirigidos. Envíanos otro trabajo que sea infantil, ya que puedes hacerlo, pues

veo que tienes imaginación y más «chispa» que un mechero nuevo.

Margarita Ropero, (Ronda).—Perdonamos tus tachones y agradecemos tus renglones, y si nos gustan los melones, pero siempre que sean dulces. Para que te envíen los «Plechas y Pelayos» atrasados, has de enviar a nuestra Administración el doble de su importe en sellos de correo. No hace falta que nos digas que ya eres mejor dibujante que el año pasado; ¡ya se ve! Publicamos tu anuncio.

Margarita Ropero Carrasco, (Palma de Mallorca).—Claro que te puedes suscribir por un trimestre y luego volver a comprar la revista en los kioscos! ¿Por qué no? y cuando vengan y pasen unos años y tú tengas diez y siete o diez y ocho, puedes seguir leyendo nuestras revistas, en vez de esas otras que según dices, no te gustan. ¡Ah, oye! No está bien que firmes tus cartas a máquina, aunque tengas la letra muy mala; te aconsejo que no lo vuelvas a hacer. Aunque nos escribas tres cartas diarias, no nos molestas. Por aquí te queremos como a todos los demás niños.

A. Trenado.—Eres un «hacha» afiladísima haciendo pareados, aleyuas como decís vosotros. Te publicamos tres chistes y sentimos muchísimo no poder publicarte más cosas.

Jesús Laguna, (Sabadell).—No señor; tu dibujo no ha sido «digno» de ir al famosísimo cesto de los papeles, ya que viene como Dios y las bases mandan. Tu dibujo ha pasado a la fila kilométrica, que espera el ser publicada en nuestra bonita página de Colaboración.

Aldita Porto, (La Coruña).—Sí, pensamos anunciar otro concurso de literatura y dibujo; ya lo verás en la revista. Para escribir a Mari-Pepa estas mismas fechas y has de poner en el sobre: «Para Mari-Pepa».

Marisol Dorao, (Málaga).—Simpatiquísima Marisol: Si quieres ser amiga de Mari-Pepa, escríbela: mí, ya lo eres. Tus versos nos han gustado y los publicaremos, lo mismo los que nos envíes en adelante. ¿No te da miedo decir que eres pirata? No me gusta que digas eso; prefiero que inventes versos y estudies más. De todos modos, aunque digas que eres pirata, yo te quiero porque me has hecho mucha gracia.

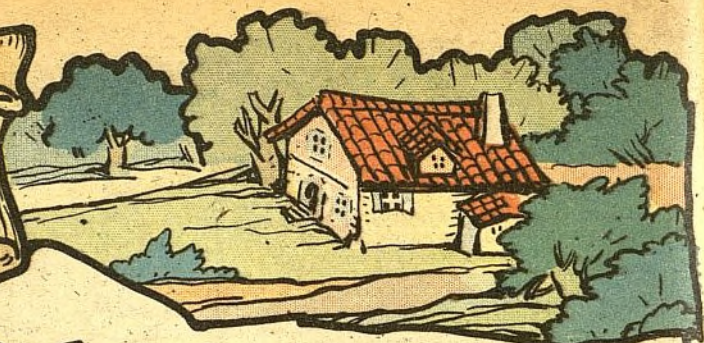
Arturo Carratalá, (Algeciras).—Simpático y antiguo lector: ¡Muy bien nos parece tu entusiasmo por la revista y la alegría que te ocasiona su aparición! Sí, sí; Cubillo está en ese monte verde que está junto a la casa que viene en el Almanaque de 1942. Te felicito por lo bien que escribes, y por tu firma parece que adivino que eres muy pequeño ¿eh?

P. Ll. Benedito, (Madrid).—Tu cuento es bueno y es malo; es bueno, porque es muy bonito y está muy bien escrito; y es malo, porque es más largo que una carretera de primer orden. Por esta vez (encogiéndole un poco), lo verás publicado, pero no vuelvas a enviarnos cuentos mayores de dos cuartillas a doble espacio y por una sola cara; ¿entendido?

Jerónimo e Isabel de Cubas, (Madrid).—Os felicitamos por vuestra bonita poesía, intitulada «El ruiseñor y la rosa»; seguid escribiendo versos, que por esa veredita llegaréis a ser poetas de España. Cuando su turno le llegue, veréis vuestro poema publicado. Recibid nuestros cariñosos besos, simpáticos niños.

Y SE CREYO QUE ERA D. QUIJOTE

• POR • MANUEL BORRACHERO •



Josele era un niño que sabía leer muy bien. Su maestro le quería mucho y premió su aplicación regalándole una preciosa edición del Quijote.

Los padres de Josele también quisieron premiarle y como por entonces daban las vacaciones de Navidad, sacó con sus abuelos en la casa de vivían.

le concedieron pa abuelos en la casa de vivían.

Y Josele se trasladó a casa de los abuelos, llevando bajo el brazo su Quijote para leerlo en el campo con todo detenimiento.

Y sucedió, que una mañana, mientras leía sentado al sol, se le ocurrió jugar a D. Quijote y Sancho. Y, ni corto ni perezoso, se fué en busca de Paquín.

Paquín era un muchachote rechoncho y colorado, hijo del hortelano y recadero de los abuelos de Josele.

—¿Quieres que juguemos a D. Quijote y Sancho? —Le preguntó Josele.

Paquín le contestó. —¿Cómo se juega a eso?

Y Josele volvió con él al campo para explicarle cómo se podía jugar a aquello.

Cuando se lo estaba explicando, una abeja comenzó a volar zumbando en torno

a los muchachos. Y cuando Josele se disponía a matarla para que no les picase, la abeja se posó en la ramita de un cardo seco y les habló de este modo:

«Yo soy la Abeja Sabia. Me echaron de mi colmena hace un año porque quise transformar los métodos de la fabricación de la miel.

Desde entonces vivo sola en el hueco de ese árbol y me he pasado el tiempo estudiando los idiomas

de todos los animales. Si

quereis, jugamos de ver-

dad a D. Quijote y Sancho, y yo puedo prestaros muy buenos servicios».

Agradó a Josele la proposición de la Abeja, la

aceptó complacido, y reaccionando rápido le dijo:

Como tú entiendes los idiomas de todos los animales, anda, vuela y búscame un caballo.

Salió la Abeja Sabia volando y a poco apareció por el camino meneando la cola pausadamente el bueno de Torbellino.

Torbellino era el burro que tenía el padre de

Paquín. Cuando joven le pusieron Torbellino por lo revoltoso que era. Pero de aquellos bríos no le quedaba ni sombra. Estaba viejo, delgado y tenía no pocas mataduras.

• (Continuará)

